

La inacción de los de Puebla era incomprensible. Decíanse que esperaban á que su movimiento fuese secundado en otras poblaciones de la República, pero ninguna de importancia llegó á verificarlo, ni ellos supieron aprovecharse de un acontecimiento que pudiera haberles dado gran fuerza, si hubieran tenido actividad para favorecerle. El 13 de Febrero amaneció pronunciado el castillo de San Juan de Ulúa; unos cien hombres capitaneados por Salcedo, habían proclamado en la noche anterior el plan de Zacapoaxtla, amarrando y poniendo presos al comandante del castillo y á otros jefes que se negaron á tomar parte en el movimiento. El castillo disparó algunos cañonazos el día 13 sobre Veracruz; la ciudad fué declarada en estado de sitio y muchos de sus habitantes se salieron de ella, porque se dijo que los pronunciados iban á bombardearla. El gobernador y comandante general, Don Ignacio de la Llave, desplegó grande actividad, pero los pronunciados de Ulúa se mantuvieron firmes hasta el día 21, en cuya fecha un sargento hizo la contrarrevolucion en la misma fortaleza. Salcedo y los demás cómplices del motin fueron presos y entregados á la justicia.

Todo el mundo conoció que los revolucionarios de Puebla no tenían las cualidades necesarias para llevar á buen término la empresa que habían acometido, cuando no les ocurrió apoyar un movimiento que tanto podía importarles.

Entre tanto hallábase cortadas las comunicaciones con Puebla; no estaban espedidas con Veracruz; habían cesado los viajes de las diligencias en una línea tan importante; dificultábase el paso de los correos; y hacíase cada vez mas dura de sobrellevar una situación en la cual perecían por falta de libertad, de movimiento y de seguridad, todos los ramos del comercio y de la industria.

Para poner un término á tamaños males, Comonfort resolvió á fines de Febrero llevar la guerra á Puebla, marchando él mismo á la cabeza de las tropas. Había llenado dignamente hasta allí su hermosa misión; había defendido la causa popular en todos los terrenos; el 18 de Febrero había abierto en persona las sesiones del congreso constituyente; había logrado reunir en un solo punto á todos los enemigos; nada le quedaba por hacer sino dar la paz á la República, y para ello era preciso destrozarse la bandera contrarrevolucionaria. Quiso acometer personalmente aquella empresa, y su resolución fué tan feliz para su patria cuanto gloriosa para él, como se verá por los acontecimientos que se van á referir, y que son el mejor complemento de esta historia, así como fueron corona digna del ciudadano que mas noblemente figura en ella.

CAPITULO UNDECIMO.

PAZ DE LA REPUBLICA.

Crítica posición del gobierno.—Estado de la opinión.—Conflictos de Comonfort.—Rasgos de su carácter.—Marcha contra los pronunciados.—Campaña de Puebla.—El ejército de San Martín Tescmelucan.—Fuerzas que le componían.—Batalla de Ocotlán.—Entrevista de Comonfort y de Haró.—Marcha el ejército sobre Puebla.—Ataque al cerro de San Juan.—Comonfort en el Carmen.—Sitio de Puebla.—Consternación en la ciudad.—Medidas de Comonfort.—Diligencias para capitular.—Propuestas de los sitiados.—No son admitidas.—Capitulación.—Entran en la ciudad las tropas del gobierno.—Castigo de los rebeldes.—Comonfort en Puebla.—Estado de la ciudad.—Conducta del presidente.—Su regreso á la capital de la República.—Fiesta de la paz.—CONCLUSION.

CRÍTICA por demás era la posición del gobierno en los últimos días de Febrero de 1856. Tenía en frente de sí una revolución que en dos meses había tomado proporciones gigantescas; que estaba representada por mas de cuatro mil hombres, de los mejores del antiguo ejército; que se había ya enseñoreado de la segunda ciudad de la República; que estaba sostenida por clases poderosas; que lisonjeaba grandes intereses, y era el fundamento de vehementes ambiciones; y que sin asustar decididamente á los amigos de la libertad, había logrado reunir debajo de sus banderas, las voluntades de los que por inclinación, por interés ó por opiniones, eran mas amigos de lo que había caído con Santa-Anna, que de lo que había triunfado con la revolución de Ayutla.

Además de contar con tan poderosos elementos, la revolución que Haró acaudillaba, había llegado á crear ya una de esas situaciones en que el espíritu público de una nación,

mas bien por cansancio que por indiferencia, apetece cualquiera desenlase que ponga término á los males de semejantes crisis. Habíanse pasado ya dos meses, sin que nada se hiciera al parecer, ni en el terreno de las negociaciones, ni en el teatro de la guerra, para dar una solución á las cuestiones pendiente; y como todo se habia paralizado, y todos los giros perecian, heridos de muerte por aquella general inacción, reuníanse todos los intereses del comercio y de la industria, de la propiedad y del trabajo, para desear vivamente un término cualquiera, ora fuese favorable al gobierno, ora fuese en favor de los pronunciados. Este egoísmo del interés material, que en todas partes se sobrepone al interés de las doctrinas, cuando duran mucho las crisis revolucionarias, vino á formar en cierto modo el espíritu público del país en los días de que hablamos, puesto que aquel deseo llegó á ser la última opinión de los que no tomaron una parte activa en la lucha, ni con el gobierno ni con el bando rebelde.

Comonfort tenia sobre sí la inmensa responsabilidad de aquella situación desesperante: todos los intereses perjudicados por ella, le pedían á gritos el remedio de los males que sufrían; la República entera le pedía la paz que necesitaba; y nadie se acordaba entonces de que ni él habia creado las gravísimas dificultades de la época, ni siquiera habia nacido en el tiempo de su administración el origen de aquellos conflictos: era el jefe del Estado; y el Estado, sin pensar en otra cosa le exijía la seguridad, las garantías y el sosiego que le arrebatada la rebelión.

Pujante ésa desde los primeros días de su nacimiento, el presidente se habia encontrado sin fuerzas que oponerla; y aun despues que por un prodigio de actividad habia logrado levantar tropas que podían competir en número con los disidentes, todavía debieron agitar su espíritu crueles inquietudes, al ver que todo su ejército se componía de soldados que podían seguir las huellas de sus compañeros, y de gente visofa, recién sacada del taller ó del campo para ser alistada en los batallones de la guardia nacional.

El, sin embargo, no solo no se arredró por aquellas dificultades, sino que aceptando resignado y sereno la posición que le deparaba la suerte, miró cara á cara la tempestad, y se preparó á luchar denodadamente con ella. Paó todo el mes de Febrero dando órdenes para que se concentraran en la capital los cuerpos de tropa que estaban en diferentes puntos de la República; activando la organización de la guardia nacional que á toda prisa se iba levantando; visitando los cuarteles de la ciudad para animar á la gente con su presencia y con sus palabras; disponiendo que estuviera bien

cuidado el camino de Puebla, para evitar cualquier sorpresa por parte de los pronunciados; y proporcionando á todos, los recursos de armas y de dinero con que habian de batirse y alimentarse.

En aquellos días de amargura y de prueba, en que se amontonaron sobre la vida de Comonfort todos estos afanes, juntos con los cuidados de su naciente administración, por todas partes y de todas maneras combatida y embarazada, nunca se le vió perder la serenidad de su semblante, ni el sosiego de su espíritu, ni el tono afable y bondadoso de sus palabras. Tolerante con todas las opiniones, indulgente con todas las faltas, generoso con todos sus enemigos, nunca pudo turbar su ánimo, ni producir en sus palabras y acciones la menor descompostura, las injurias de la aposición, ni las injusticias de los pronunciamientos, ni las defecciones de los jefes militares que habian burlado su confianza. Cuando algunos ponderaban en su presencia la perfidia de éstos, decia tranquilamente: "¿qué han de hacer? Temen que el gobierno de la revolución acabe con la clase militar, porque quiere reformarla: están engañados."

Aunque el gobierno habia logrado poner mas de doce mil hombres sobre las armas, y habia conseguido á costa de grandes sacrificios, bien que sin gravámenes para el erario, lo preciso para mantenerlos, era sin embargo muy dudoso el problema que en el campo de batalla iba á resolverse. Los pronunciados de Puebla eran gente decidida y acostumbrada á los peligros de la guerra; contaban al parecer con abundantes recursos y con poderosos auxiliares, y estaban animados por cuantas pasiones buenas y malas pueden servir de estímulo á los hombres para lidiar con brío y sostener desesperadamente una empresa: una derrota era para ellos la muerte ó la ignominia. No tenían tantos estímulos los del gobierno para mantenerse firmes en la lid, ni se encontraban tampoco colocados en la misma estrechura que los otros, para que no les quedara mas recurso que la victoria ó la muerte. De los soldados del ejército que con el gobierno estaban, se decia casi públicamente, aunque sin razón como lo demostró el resultado, que se pasarían á las filas rebeldes en cuanto se avistáran con ellas, ó que por lo menos no llegarían á blandir las armas contra sus antiguos compañeros; y en cuanto á los guardias nacionales aunque la causa de la libertad era bastante para enardecerlos, y se les veía dispuestos efectivamente á obtener el triunfo, ó quedar en la demanda, bien se presumía que toda su buena voluntad no seria bastante para hacerles resistir el choque de tropas bien disciplinadas y aguerridas.

Ello es que todas estas reflexiones se hacían y todas estas circunstancias se comentaban de una manera harto desconsoladora, á medida que se acercaba el momento de venir á las manos. Los amigos de la reacción tenían una confianza ciega en el éxito de la campaña, los amigos del gobierno no desconfiaban por su parte, pero tenían motivos harto poderosos para abrigar dudas y recelos. Comonfort conocía tal vez mejor que nadie estos motivos, y sin embargo, nunca se le vió vacilar, porque sentía sin duda dentro de sí mismo algo que le inspiraba una confianza imperturbable. Cuando sus amigos ponderaban delante de él las dificultades de la situación y las incertidumbres de la empresa, solía responder con un sencillo acento de seguridad, que derramaba la confianza en torno suyo: „Peor estábamos en Ayutla y Acaapulco; y vencimos: el mismo sol que nos alumbró allá, nos ha de alumbrar en Puebla. ¡Vamo!”

Y repitiendo estas palabras, partió de la capital el 29 de Febrero á las doce del día, confiado en la justicia de su causa, en las medidas que había tomado, en el buen espíritu de su gente, en la lealtad de sus amigos, y en el auxilio de la Providencia.

Desde antes había dispuesto que el ejército avanzara con dirección á Puebla pasando rápidamente los desfiladeros de la inmensa montaña interpuesta entre México y aquella ciudad; cuya operación, ejecutada felizmente, dió por resultado que la vanguardia enemiga abandonara el pueblo de San Martín Texmelucan, donde se situó el cuartel general el día 1.º de Marzo, en cuya fecha llegó allí el presidente.

Formado el ejército en las llanuras del valle de San Martín Texmelucan, á siete leguas de Puebla, dispuso Comonfort que se levantaran algunas fortificaciones en aquel pueblo que debía ser la base de las operaciones futuras; mandó hacer los necesarios reconocimientos del terreno, y examinó cuidadosamente por sí mismo sus accidentes topográficos, para señalar las posiciones que debía ocupar el ejército en su marcha, y evitar que le atacase la caballería de los pronunciados, mucho mas numerosa y fuerte que la del gobierno.

En esto se pasaron seis días, que no fueron perdidos por otra parte, para que las tropas se animáran con la presencia del jefe, para escitar en ellas el buen espíritu militar, y para disipar en gran parte las dudas que aun se hacían correr entónces sobre la lealtad de los cuerpos permanentes. Si fué verdad que estos habían vacilado antes, hay que decir que los cautivó el caudillo popular con su prestigio, con sus virtudes y con su fortuna, puesto que le fue-

ron invariablemente fieles, no obstante que su fidelidad estuvo sometida á pruebas bien duras.

Impaciente Comonfort por acabar cuanto antes con una situación tan mala para el país, dió sus órdenes para que el ejército avanzara sobre Puebla, y este emprendió su marcha el día 7. Componíase de tres divisiones de infantería, que mandaban los generales Parrodi, Moreno y Zuloaga, una de caballería mandada por el general Portilla, y una brigada móvil á las órdenes del general Ghilardi. En todo eran unos doce mil hombres con 40 piezas de artillería, cuya fuerza se aumentó despues, durante el sitio de Puebla, hasta 16.000 hombres de todas armas con 48 cañones de diferentes calibres. (1)

El mismo día 7 á la una del día, el ejército hizo alto á tres leguas de Puebla, situándose la division Parrodi á la derecha en Rio Prieto y loma de Montero, con la descubierta en Coronango; la division Zuloaga á la izquierda en las llanuras de la hacienda de San Isidro, y ocupando el centro la brigada Doblado en el cerro de Ocoacán: estaban la division Moreno y la brigada Ghilardi en la hacienda de Santa Inés, y la caballería en el pueblo de San Miguel Xotla, donde se situó el cuartel general. En estas posiciones pasó el ejército la noche del 7, dispuesto á acercarse mas el siguiente día á la ciudad rebelada, segun las órdenes del general presidente, comunicadas desde Santa Inés, donde pernoctó.

Los de Puebla estaban á la mira de todos los movimientos que Comonfort efectuaba con su gente, y tuvieron noticias exactas del que queda descrito. Creyeron que les sería facil atacar al ejército por sorpresa, y con este objeto salieron de la ciudad por el puente de México el día 8 antes de amanecer, y se dirigieron apresuradamente á los puntos que las fuerzas del gobierno ocupaban. Ora intentasen atacarlas en marcha, ora caer sobre ellas de improviso en las mismas posiciones donde habían pasado la noche, el movimiento de los pronunciados revelaba claramente que había en sus gefes arrojo y decisión. El presidente había previsto esta salida, y había dictado sus órdenes para el caso de que se realizara; mas no pudo impedirse que los de Puebla marchando rápidamente y en buen orden, envolvesen casi del todo las posiciones del gobierno, á las siete y media de la mañana del día 8.

Eran los pronunciados como 3,500 hombres, (2) los cua-

(1) Véanse los estados de las fuerzas en el Apéndice, bajo el Núm. XXXII.

(2) Este era el número de los que salieron, segun el cálculo.

Les avanzaron osadamente, divididos en cinco columnas de infantería y dos de caballería, con 12 piezas de cañón, que lograron colocar en buen punto, cerca de Coronango, donde estaba la descubierta de la división Parrodi.

Dos de estas columnas de infantería, mandadas por Orozco, Solís y Miramon, y apoyadas por el fuego de los 12 cañones y por una de las columnas de caballería á las órdenes del coronel Guillen, cargaron impetuosamente sobre la derecha del ejército á las ocho menos cuarto, mientras que Ozello y Aljovin atacaban el centro con otras tres, y la de caballería que mandaba Bastos. Al mismo tiempo el coronel Olloqui con el resto de los caballos, marchaba á galope al pié del cerro de Ocotlán para ganar la llanura de la izquierda, y envolver por aquel lado al ejército de Comonfort.

A las ocho se hizo general la batalla, y dió principio una de esas escenas terribles, que si afligen siempre el corazón aunque se trate de una guerra entre ejércitos de diferentes naciones, son horriblemente desgarradoras cuando la lucha es entre hijos de un mismo pueblo. Por espacio de dos horas y media estuvieron luchando encarnizadamente los del gobierno y los pronunciados, sin que cesáran un punto los primeros en sus posiciones, y sin que un punto desmayáran los segundos en su empeño de avanzar para desalojarlos. Los tiros de cañón, el fuego graneado de la infantería, las arremetidas de los escuadrones, no cesaron un instante en aquel espacio de tiempo: diez y ocho bocas de fuego por parte del gobierno, y las doce de los pronunciados barrían por igual con la metralla las pobres chozas de San Francisco Ocotlán y las filas de los combatientes. Por fin los pronunciados fueron rechazados en el ala derecha, cuyas baterías habían hecho en ellos horribles destrozos; pero tan violento fué el empuje con que embistieron al centro, que algunos cuerpos de guardia nacional, menos disciplinados que valientes, no pudieron conservar sus posiciones, y se dispersaron por la llanura de la izquierda, de tal modo que los pronunciados llegaron á apoderarse del cerro. El general Rosas Landa y el coronel Baz habían logrado contener por aquel lado á la caballería enemiga que trataba de envolverlos.

Dudosa estaba la batalla, porque era igual la obstinación por una y otra parte; pero al fin los pronunciados cedieron. Estaban destrozados por la metralla de las baterías

culo mas bajo. Sin embargo, el general Alcérreca dijo en su parte, que el general Parrodi y él calcularon al verles desde su posición, que pasaban de 4,000 hombres de todas armas.

situadas en la loma; y véase además á lo lejos por el camino de Santa Inés, una inmensa polvareda que anunciaba la aproximación de nuevas tropas de refresco. Esto acabó de decidirlos, porque pensaron que aquellas fuerzas venían á reanimar el ardor de sus contrarios, precisamente en los puntos donde algo había desmayado la resistencia. Salió pues de las filas rebeldes el toque de *alto el fuego*, y este toque fué repetido en la línea del gobierno por orden del general Avalos, que peleaba en el punto mas peligroso del centro, al frente de su brigada de caballería. Eran las diez y media: el fuego cesó al instante, pero no sin hacer aún una nueva víctima; apenas había dado Avalos aquella orden, cuando cayó mortalmente herido por el último tiro de los contrarios.

Entonces se acercaron unos á otros los combatientes, paseando por encima de los muertos y moribundos de que estaba regado el campo: algunos de los pronunciados prorrumpieron en vivas al presidente, abrazándose con los soldados del gobierno; y pocos momentos despues se presentaron dos oficiales enemigos al general Villareal, segundo en jefe del ejército, diciéndole que Don Antonio Haro solicitaba tener con él una entrevista. Creyó Villareal, como creyeron todos los que allí estaban, que de aquel paso podia resultar la terminación de la guerra: respondió, pues, que no tenia en ello inconveniente, y que Haro podia dirigirse á un punto intermedio, donde se verian. Casi al mismo tiempo llegaron Haro y Villareal al sitio de la cita, acompañados uno y otro por varias personas de su respectivo bando; Haro abrió los brazos á Villareal, y expresó el dolor que le causaba el sangriento espectáculo que á la vista tenian: Villareal se lamentó igualmente de aquellos desastres; y Zuloaga que iba con él, hizo lo mismo, excitando ambos al jefe de la revolución á que se sometiese al gobierno para poner fin á tantas desgracias. En esto estaban sin haber concluido nada todavía, cuando se avistó en el campo el presidente, lo cual hizo que Villareal pusiesse fin á la conferencia con Haro, quedando por encargo de éste en dar cuenta á Comonfort de lo que había ocurrido, y en pedirle tambien una entrevista. Cada uno se retiró entonces á su campo, y Haro dejó con Villareal al teniente coronel Don Agustin Iturbide, para que con él le enviara la respuesta del presidente.

Este había sabido á las seis de la mañana en Santa Inés, que los pronunciados habían salido de Puebla, y marchaban al encuentro del ejército; se había dirigido á Santo Toribio para observar los movimientos de los contrarios, y allí había escuchado los primeros tiros de cañón que anun-

ciaban el combate; desde allí viendo empeñada la batalla, y conociendo que era ocasión oportuna para apoderarse de Puebla, había dado orden á los generales Moreno y Ghilardi para que marcharan rápidamente con sus fuerzas sobre aquella ciudad; y observando por último, que se prolongaba la refriega, se había puesto en camino con dirección al campo de batalla, con su estado mayor y al frente de un cuerpo de caballería. La polvareda que esta gente levantaba, era la que los pronunciados habían visto algunos momentos antes de suspender el fuego.

Sorprendióse Comonfort, al llegar al campo, con aquella repentina suspensión de hostilidades; mas pronto le sacó de dudas Villarreal, explicándole lo que había sucedido, y manifestándole que Haro deseaba hablar con él. Entonces Comonfort recorrió la línea de batalla que formaba la división Zuloaga, animando á la gente con su presencia, y restableciendo completamente el orden en las filas. Estando en esto, llegó un enviado de Haro á preguntar si era ya tiempo de acudir á la conferencia que había pedido. Comonfort llamó á Turbide, y le encargó que llevara la respuesta afirmativa á su jefe. Poco despues, Comonfort y Haro se vieron juntos en el mismo sitio donde antes había estado el segundo con Villarreal. Cuando se acercaron uno á otro, retiráronse á cierta distancia sus gentes, y los dejaron conferenciar solos, debajo de un árbol, á la orilla del camino, y en medio de los dos ejércitos.

No es posible describir aquella escena, una de las mas interesantes que se han visto en las guerras civiles de la República. Era medio día: al fragor de la batalla había sucedido un silencio general: los combatientes estaban firmes en sus puestos, mecha en mano la artillería, lanza en ristre los ginetes, preparado el fusil los infantes, como si aquello no fuera mas que un breve descanso para volver de nuevo á la pelea: discurrían por el campo caballos sin ginetes, que ya huían espantados de los despojos y de los muertos, ya los hollaban en su precipitada carrera: oíanse los lamentos de los heridos, que se levantaban y volvían á caer desmayados, y echábanse de ver las últimas convulsiones de los moribundos: platicaban unos con otros los enemigos de las primeras filas, y abrazábanse como hermanos muchos de los que mutuamente acababan de destrozarse. Y entretanto, el presidente de la República y el jefe de la rebelión conferenciaban, á la sombra de un árbol, sobre la suerte de aquellos miles de hombres á quienes la discordia había conducido allí bajo dos distintas banderas, siendo todos hijos de una misma patria, cuya suerte dependía tambien de aquella entrevista.

Se ignoran los pormenores de ella, porque nadie pudo escucharlos. Nadie sabe lo que pasó entre aquellos dos hombres, que habían nacido en una misma ciudad, que habían sido amigos desde la niñez, que se habían educado en una misma escuela, que habían sufrido persecuciones y hecho sacrificios por una misma causa. Debió ser para ambos un momento muy solemne, aquel en que se encontraron allí, en medio de todos los horrores de la lucha fratricida salpicado de sangre y cubierto de destrozos el suelo que pisaban, y casi á la vista de la ciudad donde habían pasado sus juegos infantiles; llevando el uno sobre sus hombros los gravísimos deberes de jefe del Estado, cargado el otro con la responsabilidad de una empresa que había ocasionado la desolación que los rodeaba. Pero nadie ha podido contar lo que se dijeron: solo se sabe que el presidente de la República concedió al caudillo de la revolución un armisticio de dos horas, ofreciéndole únicamente la garantía de la vida para él y para sus gentes, si en aquel término se ponían á disposición del gobierno. Haro dijo que no podía tomar por sí solo una resolución tan grave, y que iba á celebrar una junta de guerra con los suyos. Repitió esto mismo, acabada la entrevista delante de Villarreal y otros generales, á cuyos ruegos accedió el presidente prolongando el plazo hasta las tres, por haber dicho Haro que no le parecía bastante el tiempo antes prefijado. Entonces ofreció volver él mismo á participar la resolución de sus gentes, y se retiró á su campo, como lo hizo Comonfort al suyo con los jefes que le acompañaban.

Cumplióse el plazo, y Haro no parecía, ni se presentaba ninguno por su parte á comunicar el resultado; y habiéndose pasado la hora señalada, Comonfort envió al campo enemigo al general Langberg, jefe de su estado mayor, con orden de manifestar á Haro que había espirado el término, y reclamar de él la restitución del batallón ligero de Guanajuato y cuatro piezas de artillería, que sus tropas se habían llevado del cerro de Ocotlan durante la conferencia y el armisticio. (3)

(3) Poco faltó para que le sucediera lo mismo al batallón de Tiradores. Este batallón, dice el parte general, perteneciente á la división de reserva, que se había hecho venir á la primera línea, suspendió como todos los demás sus fuegos por el imprudente toque que sin autorización ninguna mandó dar el valiente y malogrado general Avalos, pues creyó que se habían pasado á nosotros, dando por terminado el combate; y quedando por este hecho dicho batallón en medio de las filas enemigas que victoreaban al supremo gobierno y abrazaban á nuestros sel-

Langberg fué entretenido largo tiempo por varios énfases de los pronunciados, sin que se le diera ninguna respuesta categórica, hasta que conociendo lo que pasaba, y observando los movimientos de los rebeldes, volvió á toda prisa á dar parte de que éstos habian levantado el campo, y se retiraban apresuradamente rumbo á Puebla.

Nunca se ha podido decir con mas verdad que entonces, que la guerra civil es una guerra de hermanos, porque no solo lo eran por la patria los que se batieron unos con otros en Ocotlán, sino que lo eran tambien por lo sangre. Padres habia que contaban uno ó mas hijos entre las tropas del gobierno, y otros hijos en las filas pronunciadas; esposas que tenian á sus maridos en un bando, y á sus hermanos en el otro. El general Echeagaray, que defendió bizarramente su puesto en la loma de Montero contra el violento ataque de una de las columnas enemigas, decia en su parte con amarga sencillez, despues de contar como aquella columna habia sido rechazada: „en esta columna venia un hermano mio.”

El país se cubrió de luto con los resultados de la batalla de Ocotlán, sin que fuera bastante á disipar la inmensa pesadumbre causada por aquellos destrozos, la consideracion de que el gobierno habia obtenido una señalada victoria. Los pronunciados dejaron tendidos en el campo 119 muertos y 98 heridos, quedando en poder de los vencedores 180 prisioneros, y perdiendo además los vencidos unos 400 hombres que se les dispersaron. (4) Los del gobierno recogieron en el campo de batalla el mismo dia por la tarde á los heridos enemigos, y los llevaron á sus hospitales de sangre para curarlos juntamente con sus compañeros que se hallaban en el mismo caso. El dia siguiente recogieron los 119 cadáveres y les dieron sepultura; y todavía entences el ge-

dados: pero su coronel el general Don Alejo Barreiro, para evitar ser envuelto, lo concentró sobre la reserva por un pronto y enérgico movimiento, y no dejando en las filas de los facciosos ni un soldado tirador.”

(4) Así lo dijo el general Villareal en su parte, fecha en Puebla el 19 de Marzo.

El general Alvarez en el parte general de toda la campaña, dado en Puebla el 26, dijo que el enemigo habia dejado en el campo 119 muertos, 9 heridos, y 180 prisioneros, añadiendo que segun informes posteriores de los mismos gefes de la plaza, en esta accion perdieron 89 oficiales muertos, heridos ó prisioneros.

Los heridos del gobierno, segun la lista del inspector general Vander-Linden, fueron 85.

neral Vander-Linden, inspector del cuerpo médico-militar, que cumplia aquellos tristes deberes, encontró otros 15 heridos tirados entre los muertos en los surcos del campo. Aquellos desgraciados habian permanecido allí cerca de cuarenta horas desangrándose, y muchos de ellos se fingian muertos, por temor de que los matára la escolta de caballería que acompañaba á Vander-Linden. Este los tranquilizó y los consoló, remitiéndolos en el acto á la ambulancia general, donde se les ministraron los alimentos y los auxilios que su situación demandaba.

Entre los muertos á consecuencia de las heridas que recibieron en aquella jornada, se contaron el general Alvalos por parte del gobierno, y los coroneles D. José Diaz de la Vege y Don Manuel Aljovin por parte de los pronunciados. La nacion y el ejército perdieron en ellos á tres valientes militares; y al cubrirlos la misma tierra sobre la cual los habia dividido la discordia civil, nadie se acordó de otra cosa sino de llorar la desgracia que tan temprano los habia llevado al sepulcro.

Durante la accion de Ocotlán, no habria sido difícil tomar á Puebla, donde habian dejado poca gente los pronunciados. Comonfort lo habia previsto, y desde Santo Toribio, al oír los primeros cañonzos del combate, habia enviado para ello la órden correspondiente á los generales Moreno y Ghilardi. No la recibieron oportunamente, ni la disciplina militar les permitió echar sobre si la responsabilidad de un movimiento que sin embargo estaba indicado por las circunstancias. Tambien habria sido difícil cortar la retirada á los enemigos, pero no se puso en práctica esta operacion por las mismas causas que impidieron la otra. Ghilardi, sin embargo, penetró aquel dia, hasta las calles de la ciudad con algunos caballos, y Moreno avanzando con sus ayudantes y una escolta hasta el puente de México, descubrió el ramal de una mina que los pronunciados habian colocado en el mismo puente, para volarle cuando las tropas del gobierno pasaran. Moreno hizo cortar aquel ramal, y su noticia sirvió para que el dia 9 se destruyera completamente aquella mina.

Encerrados en Puebla los pronunciados, Comonfort no vaciló un punto en ir tras ellos para atacarlos en la misma ciudad. Defendida naturalmente por los cerros que la circundan, y aprovechadas bastante bien por la gente de Haro aquellas ventajas, era arrojado acometerlos allí, y una empresa harto difícil derrotarlos; pero nada valieron castillos ni trincheras, nada el ardor ni la obstinacion de los sitiados, contra el valor y la decision de los del gobierno, doblemen-

te alentados por el reciente triunfo y por la presencia del afortunado jefe.

Sin descansar un punto despues de la batalla de Ocotlan, Comonfort se dirigió el día 8 de Marzo por la tarde sobre Puebla, y acampó su ejército en las inmediaciones de aquella ciudad, pasando él la noche en la hacienda de la Uragua con la tercera division de infantería. El día siguiente los pronunciados, al aproximarse las tropas del gobierno abandonaron el puente de México, situado sobre el rio Atoyac, al pié del cerro de San Juan que domina la ciudad por aquella parte; y Comonfort colocó en lugar conveniente una batería que todo el día hizo fuego sobre aquella posición.

Era indispensable, no solo para tomar la plaza, sino simplemente para establecer un sitio, ocupar alguna de aquellas eminencias, ó inutilizarla por lo menos para los sitiados; y una operación estratégica, tan hábilmente concebida como valerosamente ejecutada por todo el ejército, salvó el día 10 aquellas primeras dificultades. Quería Comonfort ocupar el convento del Cármen, situado en un extremo de la ciudad al S.; y al efecto dispuso que mientras él mismo volteaba la falda del cerro de San Juan para atacar la garita de Cholula, Parrodi hiciera un ataque falso sobre el mismo cerro. El mismo presidente, y el general Rosas Landa con su brigada, atacaron poco antes de las tres de la tarde aquella garita, donde se defendieron bravamente por largo rato las fuerzas de infantería y caballería que estaban en ella con un cañón. Al mismo tiempo la artillería de la division Parrodi empezó á disparar constantemente contra el cerro de San Juan, mientras que algunos cuerpos de la misma division y de la de Moreno hacían fuego á los enemigos desde la falda, ó subían corriendo cerro arriba, llamando la atención de los que defendían aquel punto. La presencia de Comonfort y la serenidad de Rosas infundieron tanto brío en los soldados, que en poco tiempo se hicieron dueños de la garita de Cholula. Tomóla personalmente Don Manuel Céspedes, jóven que habia tenido parte en la sublevación de la Sierra, y que habia ido á solicitar la gracia de indulto. Céspedes pidió modestamente á Comonfort que le proporcionara ocasión de prestar algun servicio: el presidente puso á sus órdenes un escuadron de auxiliares: á la cabeza de ellos partió el jóven como un rayo y cayó sobre los que defendían la garita: estos no pudieron resistir mas, y se retiraron á la de México.

Entretanto, continuaba Parrodi, maniobrando tan hábilmente contra el cerro de San Juan, y engañando con tal pericia á los enemigos, que éstos tuvieron por indudable que la intención de los del gobierno era tomar aquella posición.

viendo el resultado de este engaño que saliesen de la plaza mas de mil hombres en auxilio de los del cerro y de la garita de México. Horroroso era el fuego que desde estos dos puntos hacían á la brigada Rosas que se habia apoderado de la garita de Cholula. Mas de dos horas duró aquel combate, en el cual todos los cuerpos del ejército tomaron una parte gloriosa; la division Zuloaga sosteniéndose heroicamente por la garita de Cholula, la de Parrodi fingiendo su obstinado ataque con destreza y arrojo sobre el cerro, la de Moreno apoyando la misma operación por la izquierda desde el puente, y la brigada Ghilardi cargando con brío sobre la garita de México, para llamar la atención de los enemigos por aquel lado.

Ardía la batalla de este modo en toda la estension que comprende la falda del cerro de San Juan, cuando Comonfort, viendo á los enemigos empeñados en defender aquel punto que creían seriamente atacado, dió la vuelta por la hacienda de la Noria, y dejando en ella al general Alvarez, segundo jefe de estado mayor, con vários cuerpos de caballería y dos piezas para conservar su comunicacion con el resto del ejército, avanzó osadamente á la cabeza de una brigada de caballería y tres piezas ligeras, y penetró el primero en las calles de la ciudad por el barrio de Santiago. Desde allí destacó al general Langberg con una pequeña fuerza para que ocupara el convento del Cármen; y pocos momentos despues, dejando en Santiago una parte de la fuerza que llevaba, él mismo con el resto de su escolta, y seguido de la brigada Tracónis, entró en aquel convento á pesar del vivo fuego que le hacían los enemigos desde la Concordia, la Concepcion y la Catedral.

Poco despues de las seis cesaron los fuegos sobre el cerro de San Juan: á las siete se advirtió que no habia en él ningun movimiento de tropas: se mandaron esploradores, y se vió que los enemigos le habian abandonado, como tambien la garita de México. La habilidad y el arrojo que los del gobierno habian desplegado en las operaciones de aquel día, les hicieron temer que la plaza fuese ocupada aquella misma noche, y se replegaron á ella con todas sus fuerzas. A consecuencia de esto, dispuso Villareal en el acto, que el ejército avanzara ocupando la division Moreno el cerro de San Juan, la Parrodi y la brigada Ghilardi la garita de México, y la Zuloaga la de Cholula é inmediaciones del Cármen.

El día 11 dispuso el presidente que la division Parrodi se situara en San Francisco, la Moreno en la alameda nueva y puntos inmediatos, la brigada Ghilardi en San Javier, y la caballería en la Noria y en todas las garitas,

quedado la division Zuloaga en el Cármen. Por la noche atacó Ghilardi el convento de la Merced, y Parredi ocupó con su division por órden del presidente, los puntos de Anasco y de la Luz, así como las fortalezas de Guadalupe y Loreto que habian abandonado los defensores de la plaza.

El ataque de la Merced fué uno de los hechos notables de aquel sitio. Ghilardi tenia órden de hacer un esfuerzo para aislar aquel punto de los defensores de la plaza; pero el quiso ganarle para el gobierno: con este fin se acercó al edificio que estaba cerrado por todas partes, hizo arrimar una escalera, y subió por ella denodadamente, siguiéndole el coronel Dasi, el licenciado Villanueva, el coronel Marcucci, Don A. Roacari y otros oficiales de su brigada, con unos 150 hombres. Apenas estuvieron en la azotea, cuando los enemigos empezaron á hacerles un vivísimo fuego desde las troneras de una pared mas alta; y en medio de aquel fuego, Ghilardi buscó largo rato por todas partes algun conducto por donde penetrar en el edificio. Le buscó en vano, porque no le habia; y estando en estas diligencias, una bala le entró por el talón; y se le quedó metida en el pié izquierdo. Disimuló el general su desgracia; y diciendo que era inútil buscar más, bajó la escalera seguido de sus compañeros, desplomándose al fin de ella por falta de sangre y de vigor en su pié destrozado. El licenciado Villanueva habia recibido tambien una ligera herida. La de Ghilardi costó ternó á sus soldados, que le amaban con el amor que siempre inspiran los buenos jefes.

Al amanecer el dia 12 de Marzo, el ejército de Comonfort ocupaba todas las eminencias que dominan la ciudad; ésta se hallaba enteramente circunvalada, y los pronunciadados estaban reducidos á un pequeño espacio en el centro de ella. Todavía el gobierno no podia contar con la victoria, porque eran muchos los enemigos, y estaban bien suministrados; pero desde entonces ya éstos no tuvieron ninguna probabilidad á su favor, ni siquiera en el concepto de sus partidarios mas decididos.

Se esplicaba bien, por los azares de la guerra, su desastre de Ocotlan, no obstante que allí vistieron á perder su prestigio entre aquellos que los consideraban infinitamente superiores á las tropas del gobierno; tambien se esplicaba por el mismo principio el abandono del cerro de San Juan, á pesar de que revelaba en ellos falta de astucia para prevenir los recursos estratégicos de sus enemigos; pero el abandono de otros puntos de defensa, el abandono de los cerros de Loreto y Guadalupe, fueron cosas que trastornaron completamente á los amigos de la revolucion, porque no tuvie-

ron esolizacion satisfactoria. La escasez de artillería no era razon bastante para dejar buenamente á los enemigos las únicas defensas que tenia la ciudad: con 15 piezas que tenian, bien habrian podido defender mejor el cerro de San Juan y sostenerse algo en los de Guadalupe, y Loreto, desde donde podian arribillarlos los sitiadores, estrecharlos y reducirlos al último extremo en el pequeño recinto de la plaza.

Siendo tan obvias estas reflexiones, apenas se podian creer en la capital los acontecimientos que se acababan de referir, cuando en ella se supieron el dia 12 de Marzo, siendo tanto mas extraña aquella continuada serie de sucesos felices para las armas del gobierno, cuanto que los amigos de la revolucion sabian, y sus enemigos confesaban, que habia en ella hombres de inteligencia y de valor, muy capaces de correr el vuelo á tanta fortuna. Ello es que desde entonces la causa de los pronunciadados se consideró perdida, aun en el concepto de los que mas confianza habian tenido en ella; y como la mala ventura de una empresa produce siempre disgustos entre los que la sostienen, empezó á haberlos muy grandes entre los mismos pronunciadados, atribuyendo cada cual todo lo malo que les acontecia, ya á impericia del caudillo, ya á falta de sus compañeros.

El ejército sitiador empleó los dias 12 y 13 en construir parapetos y en practicar las horadaciones necesarias en los edificios, para acercarse mas y ofender mejor á los defensores de la plaza; de manera que el dia 14 se hallaba ya establecida una perfecta línea de circunvalacion, dentro de la cual se encontraban los sitiados al alcance de los fuegos de los sitiadores. Comonfort habia ordenado con admirable prudencia todos aquellos trabajos; y sin descansar un punto ni arredrarse por los fuegos enemigos, se le habia visto recorrer dia y noche todas las líneas, infundiéndole en su genio, con el sosiego de sus palabras y la serenidad de su semblante, la confianza que dá la victoria. No era tanta, sin embargo, la tranquilidad de su corazón como la de sucesores aquellos preparativos, todo aquel terrífico aparato de guerra, tenían por objeto derramar la muerte y la desolacion en la hermosa ciudad donde se habia mecido su cuna; y estas tristes reflexiones, que le habian asaltado desde el momento en que pasó su mirada sobre la poblacion, luchaban en su pecho con los terribles deberes que su posicion le imponia. Por eso desde el primer dia que se acercó á la ciudad, habia mandado avisar á los habitantes para que se pudiesen salvar; y cuando todo estuvo dispuesto para el ataque el dia 14, hizo que se le pasára una comunicacion al jefe de la plaza,